

La política árabe del régimen franquista: planteamientos generales y fases

MARÍA DOLORES ALGORA WEBER
Universidad Complutense de Madrid

El significado y verdadera dimensión de la política árabe de franquismo después de la Segunda Guerra Mundial no se puede entender sin hacer alusión a la trayectoria que siguió la política exterior del período en su globalidad¹.

Dejando al margen los rasgos peculiares de cada una, muy brevemente, podemos distinguir tres amplias etapas en función de quienes fueron sus ministros de Asuntos Exteriores:

- 1945-57: Alberto Martín Artajo: etapa del aislamiento internacional.
- 1957-69: Fernando M. Castiella: etapa de aproximación a las naciones europeas.
- 1969-76: López Bravo, López Rodó y Cortina Mauri: etapa de la tecnocracia.

De estos tres grandes períodos, en el único en el cual se desarrolló una aproximación propiamente política hacia el mundo árabe fue en la primero. Las causas que explican esta realidad al mismo tiempo nos permiten establecer dos planteamientos distintos de la actuación española dentro de este ámbito, los cuales expondremos a continuación².

1. Este estudio es fruto de las reflexiones hechas a raíz de la investigación para nuestra próxima tesis doctoral en curso: «La política exterior hacia el mundo árabe en el régimen franquista» (Departamento de H.^a Contemporánea, UCM).

En el presente artículo no pretendemos hacer una relación exacta de toda la actuación española respecto al mundo árabe en aquel período —cuestión que relegamos para la mencionada tesis—, sino dar las pautas de los distintos planteamientos generales que se hicieron de nuestra política en aquel ámbito, según fue requiriendo la evolución interna del régimen de Franco en sus distintas fases.

2. Incluso defendemos la tesis de que no es posible conocer el alcance de la política exterior franquista hacia el mundo árabe fuera del ámbito internacional, es decir, sin hacer alusión a la política que el resto de los países europeos —al menos Francia, Inglaterra e Italia— y Estados Unidos plantearon en esta misma vertiente exterior.

El acercamiento político al mundo árabe

La política exterior hacia el mundo árabe constituyó una de las orientaciones claves durante el período en el que Alberto Martín Artajo ocupó la cartera de Asuntos Exteriores, coincidiendo estos años con los del aislamiento internacional que condujo al desarrollo de una política de sustitución o política puente del Estado español. Fueron precisamente estas circunstancias las que dieron un profundo sentido a nuestras relaciones con los pueblos árabes así como los iberoamericanos, convirtiéndose ambos en los pilares de esta trayectoria.

En diciembre de 1946, la Resolución 39/I de Naciones Unidas condenaba el régimen político impuesto por el general Franco en España. Esta determinación se materializó en el cierre de embajadas y legaciones diplomáticas de Madrid. Desde entonces la gran obsesión del Gobierno franquista fue la búsqueda de apoyos en el ámbito mundial con el fin, en primer lugar, de derogar la resolución mencionada —situación que se mantuvo hasta noviembre de 1950—; y en segundo lugar, con el fin de conseguir una votación favorable para su ingreso en la ONU —hito que se alcanzó en noviembre de 1955—. En definitiva, la consolidación de Franco en el poder.

La política española con los árabes careció, no únicamente en la década de 1945-55 sino a lo largo de todo el régimen, de un planteamiento global y del establecimiento de unas líneas concretas de entendimiento. Sin embargo, en nuestra opinión, consideramos que puede afirmar que esta acción alcanzó plenamente el objetivo que se pretendía satisfacer con ella en un principio: la ruptura del cerco impuesto por los países democráticos de occidente.

En consecuencia, según lo dicho, a pesar de las «torpezas»³ del franquismo, consideramos que la política árabe se convirtió en el gran éxito de la política exterior española de aquellos años. Puesto que no sólo se alcanzó plenamente el inicial objetivo, sino que lo sobrepasó ampliamente: la política árabe proporcionó a Franco, el principal instrumento en el cual redundaría su prestigio internacional. En otras palabras, fue el único ámbito en el que Franco tuvo siempre «las manos libres», sin condicionamientos por parte de Europa, y en consecuencia, en el único ámbito exterior en el que la política española fue una política de iniciativas⁴.

Sin embargo, esta investigación que aquí analizada desbordaría los límites de nuestro artículo, será resuelta en nuestra tesis doctoral.

3. Nos queremos referir al hecho de que al carecer las autoridades españolas competentes de un proyecto exterior a largo plazo, en determinados momentos les faltó visión política, y a pesar de las limitaciones de la España de entonces que son una realidad que no se puede soslayar, no se obtuvo el máximo beneficio de las oportunidades que nos podía haber presentado nuestra posición ventajosa respecto al resto de los países occidentales en el mundo árabe. Opinión en la que volveremos a insistir posteriormente.

4. Iniciativas siempre enmarcadas dentro de las posibilidades materiales y admi-

En este sentido, no cabe ninguna duda que el motor principal de política árabe en este período fue el aislamiento internacional. En nuestro criterio⁵, y como señalamos al comenzar, estas circunstancias dieron un carácter especial a esta década y es que las relaciones con el mundo árabe durante el franquismo sólo tuvieron un contenido realmente político en esos años por los fines mencionados.

Sin embargo, aunque este contexto fuera el motor que impulsara nuestras relaciones con el mundo árabe, no debemos considerar que el acercamiento español a estos países careciera de otros intereses que iban mucho más lejos de este apoyo internacional. En este sentido jugó un papel clave la personalidad del entonces Jefe de Estado el general Franco —que en constantes ocasiones antepuso su propia decisión, bastante más coherente respecto al mundo árabe, a la de sus colaboradores en el gobierno—. Franco era «ese hombre» cuya formación militar en su juventud había comenzado en Marruecos y a través de este hecho había podido conocer —siempre marcado por su condición de militar— un aspecto del mundo musulmán el cual no tardó en identificar con el árabe en su conjunto. Franco gozaba de una gran «simpatía nostálgica» hacia los árabes —no deja de ser significativo que el cuerpo de su guardia personal tuviera precisamente esa procedencia—. Pero lo más destacable en nuestro criterio fue la reciprocidad de esta actitud. El Jefe de Estado español alcanzó una popularidad entre los propios dirigentes árabes que no fue comparable a la de cualquier otro político de su tiempo⁶.

Si buscamos el por qué de esta correspondencia por parte árabe debemos centrar nuestra atención en varios aspectos de igual importancia: primero, la propia naturaleza del régimen español fuertemente vinculado a Franco, lo convertía en una forma de gobierno en principio más cercana a la trayectoria de las formas de gobiernos árabes en el marco de los países que fueron alcanzando su calidad de estados autónomos⁷ —al me-

nistrativas, por parte española, y dentro de la peculiar «calma oriental», por parte árabe.

5. Nos basamos en otros estudios realizados sobre el mismo tema que formarán parte de nuestra investigación doctoral en curso.

6. Únicamente Franklin D. Roosevelt en los años de la Segunda Guerra Mundial había gozado de un carisma semejante gracias al impulso que los magrebíes consideraban había dado a su nacionalismo.

7. Somos conscientes de que esta afirmación requiere una profundización mayor que la que se persigue en este estudio, lo que haremos en un futuro. Por esta razón al mismo tiempo no queremos confundir a los lectores al respecto, puesto que dentro del mundo árabe no todos son regímenes autoritarios, incluso naciones como por ejemplo Marruecos, Egipto, Siria o Kuwait, después de la Segunda Guerra Mundial conocieron antes las vías democráticas de gobierno que España. Ahora bien, no debemos olvidar tampoco que las continuas intervenciones exteriores e inestabilidad interna de estos países en muchos casos han hecho que los cauces políticos no se mantengan, alternando comunmente períodos de democracia con otros de dictaduras militares que suelen tener su origen en un golpe de estado.

nos en los primeros años antes de que aparecieran los peculiares socialismos árabes—. Segundo, la actitud tolerante que el gobierno de Franco mantenía en su zona de Protectorado de Marruecos respecto al nacionalismo norteafricano le proporcionaba una imagen sumamente positiva en contraste con la represión francesa que se afanaba por conservar su ya decadente imperio colonial a través de acciones violentas. Tercero, porque en el seno de las Naciones Unidas los países árabes, por una parte, debían encontrar una solución a la Cuestión Palestina, y por otra todavía eran muchos los territorios coloniales que luchaban por su autonomía. En este sentido los países iberoamericanos que mantenían presentes en la memoria las luchas por sus propias independencias aparecían como un buen conjunto de aliados a los que había que aproximarse. Para muchos de estos estados árabes una posible mediación española que llevara a aquellos países del otro lado del Atlántico a una mejor comprensión y simpatía por las causas árabes podría ser fundamental —no olvidemos que las naciones del continente sudamericano fueron el segundo pilar de la política de sustitución de Franco—. Y cuarto, porque Franco nunca fue contradictorio en su postura respecto a las naciones árabes, no sólo manifestaba su agrado personal hacia las mismas, sino que además compartía sus aspiraciones legítimas, puesto que nunca llegó a reconocer el Estado de Israel.

La evolución hacia unas relaciones culturales

Ahora bien, es cierto que desde la mitad de los años cincuenta las relaciones hispano-árabes sufrieron una evolución —o transformación—⁸. Se puso de manifiesto que el interés del Estado español —Franco— por lo árabe no se limitaba a un acto de «propaganda internacional» de lo que se le había acusado hasta entonces: una vez en las Naciones Unidas desde 1955, teóricamente, España ya no necesitaba a los árabes, sin embargo, continuó manteniendo sus buenas relaciones. En nuestro criterio existieron dos elementos, uno interno y otro externo, que caracterizaron este cambio.

Dentro del ámbito nacional, el final de las presiones externas dieron la posibilidad a Franco de dedicarse de pleno al desarrollo interno del estado —en el nuevo gobierno de 1957 comenzaron a entrar los tecnócratas, en 1958 se aprobó la Ley Fundamental de los Principios del Movimiento,

8. En este sentido nuestra opinión está en desacuerdo con la del ex-ministro de Asuntos Exteriores, Fernando M.^a Morán, cuando afirma que «la aparición de los regímenes progresistas en el mundo árabe a finales de los años cincuenta y sesenta (en Iraq, Siria, Egipto y luego en Argelia) no afecta a la política del Régimen de Franco». Ver, Fernando M.^a Morán: *Una política exterior para España*. Barcelona, Ed. Planeta, 1980. Pp. 175-176.

A lo largo de este estudio expondremos nuestro criterio.

en 1959 se hizo el Plan de Estabilización, en 1963 el I Plan de Desarrollo, 1966 la Ley Orgánica del Estado, etc—. En otras palabras, la política exterior española en general, no sólo en cuanto a los árabes, dejó de ser la cuestión prioritaria que había sido en la década anterior —o al menos se desvincula de las necesidades del régimen— y por otra parte cambió de orientación hacia los intentos de Castiella y sus sucesores por la integración completa en Europa y la Cuestión de Gibraltar.

El otro factor se produjo dentro del ámbito árabe. La revolución nasserista desde la nacionalización del Canal de Suez en 1956 condujo a Egipto definitivamente a ponerse a la cabeza de las naciones árabes⁹. Se convirtió en la primera «potencia» dentro de la Liga Árabe¹⁰. Gamal Abd el Nasser pronto inclinó su posición exterior hacia la política soviética arrastrando a los demás países de la zona. España por su parte, el «Centinela de Occidente» que se había caracterizado por su lucha contra el comunismo, vio de ahí en adelante enrarecidas sus relaciones con el carismático líder egipcio y en consecuencia con los demás países árabes independientes. En realidad, según nuestro criterio, para Franco el mundo árabe había pasado de un «cómodo tradicionalismo» a un «incómodo progresismo» y esto ponía al régimen español en una situación muy compleja entre sus propias necesidades —o deseos— y los planteamientos ideológicos de occidente¹¹, especialmente de Estados Unidos que —en líneas generales

9. Malcom H. Kerr hace un análisis muy interesante de estos años en uno de sus libros. Considera que con el liderazgo de Nasser comienza lo que denomina la «Guerra Fría Árabe» en la que determina tres focos: Egipto, Siria e Iraq, cuyas acciones envuelven a todos los demás países de la zona y terminan confluyendo en la Guerra de los Seis Días de 1967.

Ver, Malcom Kerr: *The Arab Cold War: Gamal 'Abd al-Nasir and his rivals, 1958-1967*. New York, Oxford University Press, Third Edition (Reprint), 1978.

10. El asentamiento del liderazgo egipcio dejó su huella en la política española con respecto a estos países puesto que provocó una enorme inquietud en Jordania por acaparar la amistad hispano-árabe —se explica en esta realidad la visita del Rey Abdullah a Franco en 1949—. Este aspecto que llevaría a una amplia extensión de este trabajo se estudiará en una investigación posterior.

11. En este sentido no deja de ser ilustrativa la conversación que mantuviera Franco con Salgado-Araujo para definir su voluntad personal de acercarse al mundo árabe al tiempo que la justificaba de cara al resto del mundo en 1960. (Transcribimos textualmente): «He dicho a Franco que me había extrañado que estuviese tan efusivo con Nasser el día de su entrevista en Barajas, de paso a los Estados Unidos. Siendo Nasser filocomunista y amigo de Rusia, la opinión pública se había extrañado también de esa efusión entre él y el Jefe árabe.

Franco me dice:

Nasser no es un comunista, y así lo ha manifestado. Lo que sucede es que Rusia les presta su ayuda financiera en la construcción de la presa de Asuán, y además les compra productos, cosa que no hacen los Estados Unidos. Por ello no tiene más remedio que llevar una política de neutralidad, pero no simpatiza con el comunismo. Además, en las diferencias que hemos tenido con Marruecos, al darnos la razón en la

podemos admitir— marcaba muy de cerca las pautas que la política árabe española debería seguir por entonces¹².

Desde entonces la acción española hacia los países del Próximo Oriente y el norte de Africa (exceptuando el caso de Marruecos), tratando de evitar las posiciones políticas, se orientó concentrándose en contactos culturales¹³. Ejemplo de ello fueron los intercambios de visitas de intelectuales españoles o árabes., la promoción de algunos estudiantes quienes posteriormente con su labor se convertirían en las principales figuras del arabismo español y el hispanismo árabe —función en la que tomó parte importante la dedicación del Instituto Hispano-Arabe de Cultura fundado en 1954—, o el envío de material bibliográfico sobre temas especialmente referidos a «Al Andalus». Por tanto, consideramos que si bien sirvieron estas relaciones de punta de lanza para el conocimiento del pasado histórico que España comparte con aquellos países, sin embargo, las circunstancias políticas no permitieron obtener el beneficio deseado que esta ventaja podía habernos proporcionado sobre el resto de las naciones europeas.

En este sentido, por el desarrollo del mundo árabe a pesar de su definida «no-alineación» sumado a la posición española en aquellos momentos¹⁴, se compende que en la mayoría de las ocasiones nuestro gobierno se tuviera que conformar con lo que se ha entendido como una «política de buenas palabras» que corrió en mayor medida a cargo de prestigiosas arabistas españoles y becarios procedentes de los círculos universitarios que se dieron cita en los centros culturales de Madrid y en aquellos que España extendió por todos estos países en los años anterior-

cuestión de Ifni y el Sahara español se portó muy bien con España. Nasser desea venir oficialmente a España y se buscará la oportunidad para que dicho viaje pueda realizarse. El está agradecido porque no hemos reconocido a Israel».

Ver, Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona, Ed. Planeta, 1976. P. 299.

12. Aunque en otra investigación futura profundizaremos en este tema, valga por el momento recordar algún ejemplo. En 1958 a propósito de las críticas recibidas de la opinión pública por haber concedido la independencia a Marruecos, Franco comentó: «No estoy de acuerdo con estas opiniones; pues dada la política que hizo Norteamérica en favor de la independencia, la francesa en relación con el Sultán y la situación de nuestras fuerzas, no hubiera sido posible defendernos si lo hubiéramos intentado (...)».

Ver, Francisco Franco Salgado-Araujo. Op. Cit., P. 246.

13. No queremos dar a entender con esta afirmación que no hubiera otro tipo de contacto oficial con el mundo árabe aparte de las relaciones culturales. Pero sí podríamos considerar que, aunque en los años anteriores ya las había habido —de hecho al menos había ya seis tratados culturales y varios centros fundados tanto en España como en aquellos países— pasaron a constituirse en el aspecto de mayor relevancia dentro de esta trayectoria de la política exterior española.

14. Insistimos en lo que ya hemos señalado anteriormente que desde 1959 la cartera de Asuntos Exteriores fue ocupada por Fernando M.^a Castiella, ministro de clara vocación europeísta.

res, más que de los propios funcionarios del ministerio que por el contrario participaban de esta trayectoria de la política exterior coordinándola desde sus despachos del Palacio de Santa Cruz.

El final del entendimiento de la política árabe

Finalmente la política exterior del franquismo terminó precisamente con un capítulo árabe: la descolonización del Sáhara Occidental¹⁵. Se puso de manifiesto aquello que ya habíamos apuntado anteriormente puesto que, en cierta medida, Hassan II de Marruecos demostró que no respetaba a España sino a Franco. En el momento en que éste entró en la última fase de la enfermedad que le llevaría a la muerte, el rey marroquí desencadenó la «Marcha Verde» que supuso la ocupación pacífica del Sahara español considerado por el monarca como una prolongación de su territorio nacional. Ante la eminente inquietud que se avecinaba en el interior de España por la desaparición del dictador, el gobierno transfirió la resolución del problema a las Naciones Unidas. Poco después, el 14 de noviembre de 1975, se firmaron los «Acuerdos de Madrid» en virtud de los cuales, contrariamente a lo esperado, se repartieron el territorio Mauritania y Marruecos —escisión aprobada por las Cortes y favorecida por una opinión pública española anti-árabe por aquellos días—. Desde entonces los saharauís a través del Frente Polisario siguen luchando por la celebración de un referéndum cuya principal objeción es la realización de un censo realmente representativo de la población que habita estos territorios donde todavía las formas de vida nómada ocupan un importante lugar.

15. Coincidiendo este acontecimiento con la agonía del general Franco lo que el impidió marcar su impronta personal en el transcurso de los acontecimientos. Es muy probable que la sensibilidad que el Jefe de Estado español había demostrado siempre hacia lo árabe le hubiera conducido a cumplir su promesa de referéndum para la autodeterminación del pueblo saharauí, antes de que el gobierno transfiriera esta decisión a las Naciones Unidas —hoy en día este problema sigue sin solución satisfactoria para los saharauís, aunque se empieza a vislumbrar una clara voluntad internacional por resolverlo.

Franco comentó en 1966: «Nosotros no queremos seguir en ningún territorio que no nos pertenezca, pero debemos recordar que no sólo es Marruecos el que reclama el territorio que hoy dominamos; está también Mauritania. Y tampoco se puede olvidar la voluntad de los pueblos que ocupan estos territorios». Ver, Francisco Franco Salgado-Araujo. Op. Cit. P. 487.

En nuestra opinión, es probable que Franco dejara sin resolver esta cuestión —que sin duda acabaría enturbiando las relaciones hispano-marroquíes— por temor a que este planteamiento le llevara a una vinculación del tema de Ceuta y Melilla, lo cual podría suponer la pérdida de dos enclaves mediterráneos entonces todavía importantes para la defensa de las costas españolas desde el flanco sur. Pero insistimos en que ahora todo ello pertenece al «mundo de las probabilidades».

Conclusión

Concluimos de lo dicho que la política exterior del franquismo hacia el mundo árabe tuvo dos etapas claramente diferenciadas que encontraron su punto de inflexión en el ingreso de España en las Naciones Unidas en 1955 y la consolidación del nasserismo en 1956. Estas circunstancias dieron lugar a un cambio de orientación hacia lo cultural, estableciéndose relaciones que cada vez hacían más patente la presencia española en aquellos países. Sin embargo, paradójicamente, el hecho de no encontrar vías propiamente políticas —paralelas a las anteriores— para encauzar esta trayectoria exterior condujo al abandono progresivo en la profundización en las relaciones con los países árabes olvidando la afinidad histórica, la proximidad geográfica, etc. que podían haber proporcionado a España, no sólo un enriquecimiento cultural y económico considerables, sino también en términos de política práctica, el establecimiento de una influencia en el mundo árabe que hubiera conllevado una mayor consideración de España por parte de los países europeos.

Por último, aunque no se puede jugar con la alternativa en la historia puesto que el pasado ya no es transformable, no sería demasiado aventurado afirmar que es muy probable que si la política exterior del franquismo con el mundo árabe hubiera seguido los pasos con los que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, la actuación de nuestro gobierno en su último capítulo árabe —el Sahara— hubiera sido muy diferente y muchísimo más ventajosa tanto para árabes como para españoles, puesto que se hubiera encontrado con unos instrumentos de actuación política definidos y no sólo con medios culturales, que en esta ocasión concreta carecían de cualquier tipo de efectividad.